



RECUERDOS DEL CAMPO.



EL LAZARILLO.

¡Oh, niño vagabundo
el de los ojos de mirar de fuego,
que guías por el mundo
á tu mísero padre viejo y ciego!

Que seas bendecido,
lazarillo gentil, piadoso y fuerte,
¡cuán vil que me he sentido
al comparar tu suerte con mi suerte!

Tu rubia cabellera
no muestres al tomar limosna mía;
si de los dos, debiera
alguno descubrirse, yo sería.

Yo que en frases sencillas
canto, y no más, lo excelso de tu cruz;
yo reflejo y tú brillas;
el espejo yo soy, tú eres la luz.

¡Ay héroe! de la mano
hacia el sitio conduce apetecido
al pobre padre anciano,
en infinita oscuridad sumido.

Anda, y de trecho en trecho
Dios haga que entre el yermo y la arboleda
halles morada y lecho,
una caricia, un pan y una moneda.

Y cuando roto el lazo
mortal, cambie tu padre en esta guerra
tu reducido brazo
por el inmenso abrazo de la tierra,

Que logres una á una,
gladiador no domado, cara á cara
robar á la fortuna
las dichas que implacable te negara.

Y conseguir la mano
de un ángel, y la gloria, y la riqueza;
que no habrá triunfo humano
nunca tan grande, no, cual tu grandeza.

Prosigue tu sendero,
mas no bajes del monte, subiré;
no quites tu sombrero:
de descubrirse alguno, yo seré.

—No me voy todavía,
porque necio pudor me tiene preso...
un favor pediría...
¿Que cuál es ese honor?—¡Pues darte un beso!

